

Tatiana
Andrade

María Camila
Sanjinés

LA VIDA láctea

correspondencia
entre dos madres
trasnochadas

Tatiana
Andrade



María Camila
Sanjinés

LA VIDA láctea

correspondencia entre
dos madres trasnochadas

[6/01/2018]

Hay un revuelo en una emisora de noticias de la mañana: una encuesta revela que el 70% de las mujeres en Colombia se sienten realizadas solo si tiene hijos. Esto equivale a decir que 17 millones o más de mujeres piensan que la única realización posible es ser madres. Pero un momento, acabo de ser madre y no me siento realizada. Es más, me pregunto qué significa la realización. ¿El cumplimiento de mis metas? ¿El cénit de mis expectativas de vida? Nunca fui Susanita. A diferencia de amigas que a los 13 años ya jugaban a cambiar pañales y pedían de regalo un bebé para alimentar y cuidar, yo jugaba a defenderme de las amenazas de mi tío, por ese entonces un cagarruto de nueve años que se moría de celos porque yo le había quitado su reinado. Básicamente, mi mayor entretenición y preocupación era saber qué había en los cajones cerrados bajo llave del escritorio gigante de madera de mi abuelo. A los 11 años, o menos, mi madre empezó a hablarme frenéticamente, casi día de por medio, sobre los peligros de ser mujer y sobre los cuidados de no ser madre, como ella, a muy temprana edad. Pero claro, mi madre no era precavida a la hora de darme detalles, o mejor, a la hora de ocultarme detalles, lo que significó el inicio de mi carrera de paciente psicológico. Mis primeras citas al psicólogo del colegio se sucedieron una tras otra

sin parar: “estás aquí porque muchas de tus amigas están asustadas con todas las mentiras que les dices acerca de las relaciones entre un hombre y una mujer y las posibilidades de quedar embarazada”. A los veinte años, tuve un accidente que me marcó de por vida y abrió una fisura que no repararía fácilmente. Por esa fisura salieron mis rabias, mis sombras, los contenedores pasados que olían mal. Así que la década de los veinte procuré no pensar en familias, hijos o situaciones similares. Me dediqué a buscar un padre, o quizá a ser hija de mis novios. Probé de todo y nada me gustó. Quizá por esa época, bordeando los 25, hubo un atisbo de alarma hormonal. Vivía con un hombre 14 años mayor que yo: él atravesaba la crisis de los 40 y quería nutrirse de aliento joven, y yo vivía el desborde de mi crisis existencial prolongada de la adolescencia, y quería ser una mujer antigua, jugar a tener esposo, vajilla y hacer compras en supermercados caros y catar vinos franceses: revolver la copa, apreciar el *bouquet*. Una aberración. En ese momento, para sentirme potente, para subordinar al hombre, para tener una razón más de dominio (qué locura), pensé en tener un hijo. Este hombre, en medio de mis golpes y alaridos, me gritaba que en seis meses seríamos padres. Seis meses de cordura y tenemos un hijo. A los 30 años decidí no tomar más anticonceptivos. ¿Por qué las mujeres debemos llenarnos de hormonas, esclavizarnos a tomar una pastilla diaria, una inyección mensual, un parche, un *loquesea* que haya que tomar o hacer para prevenir un embarazo? En ese entonces ya conocía al que sería mi futura pareja, un extranjero, seis años menor que yo. ¿A qué juegas? Me preguntaban mis amigas. Todas creían que estaba con él porque quería buen sexo después de haberme metido con un “cucho de 40”, pero en el fondo, pienso ahora, después de muchas hipótesis lanzadas al aire, mi vientre lo eligió a él. Inconscientemente quería embarazarme y sabía que mis probabilidades de embarazo caerían en picada a los 35 años. Y así fue. Quedé embarazada, en un país lejano al mío, sin redes de apoyo, sin mi familia, sin mis amigas cercanas. El mismo día que supe que estaba embarazada, sin siquiera hacerme la prueba, solo por olfato, por sensación de fiebre interna y cosquillas en el estómago, el joven (mi pareja) se incrustó dentro de las cobijas, arropado, como un infante a punto de reventar

en llanto, paralizado, mirando al techo como buscando un agujero para ser teletransportado a otra dimensión. En ese momento supe que estaba atravesando el umbral del dolor y que el viaje que comenzaría sería el de no retorno. Escapé de ese país con la convicción de no ser madre. No quería ser madre soltera. Había tenido el ejemplo de muchas mujeres amigas de mi mamá, madres de mis amigas, y el resultado era desastroso: éramos huérfanas, rebeldes, inseguras, afectadas, rabiosas y desorbitadas. Quería un padre y no cualquiera. Quería un lugar y no desmembrar a un hijo entre un país y otro. Quería un hogar y no una casa con un cuarto que vería vacío varios meses al año. Escapé y aborté. Y allí, después de esa dolorosa experiencia en una clínica de mi ciudad, acompañada por el amor de mi madre, sentí que había tomado mi primera gran decisión maternal: protegía a un hijo de la vida. Evitaba que alguien fuera sometido a los egos de unos padres que estarían unidos a través de él, o de ella, y no por el amor de los tres. Fue una decisión dura porque me despedí de la oportunidad de ser madre. A los 36 años estaba rompiendo una relación de la forma más radical que había conocido y también estaba decidiendo mi imposibilidad de engendrar. Fue liberador. Me despedí con amor de esa opción. Dije no, y me sentí bien. Hasta que a los 38 años conocí al padre de Tomás. Conocí al amor de mi vida. Conocí la paternidad. El hombre que quiere ser padre. Y así, a mis 40 años, di un paso más en mi vida: me convertí en madre. Pero aún no me siento realizada. Aún quiero atravesar más umbrales, conquistar otros espacios, soñar con otra mujer, con otras posibilidades de existir en el mundo, claro, acompañada de mi familia. Y ahora que lo pienso, quizá mi realización dependa de ser capaz de compaginar todos mis registros, el de mujer, el de madre, el de amante, el de escritora, el de cocinera (malísima), el de hija, el de nieta, el de hermana, el de progresista, el de rebelde, el de esposa (si alguna vez mi esposo quiere casarse conmigo); ser capaz de administrar todos mis roles sin enloquecer, sin sentirme apabullada, sin sentir que pierdo el control. El día que pueda amanecer con la sensación de no sentirme eternamente equivocada y en deuda con mis fantasmas, tranquila con lo que soy y con mi vida, sentiré, quizá, el asomo de la realización.

[11/01/2018]

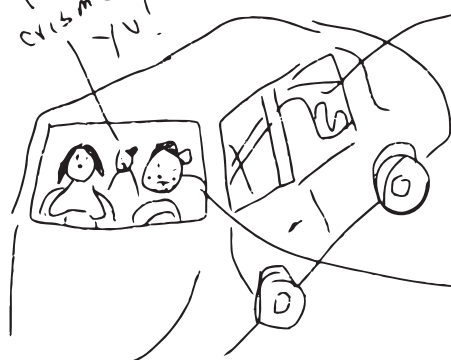


[11/01/2018]

Un retiro Espiritual

Bui
Buish you a
meri crismes
Bui Buih yua meri
crismes and a japi tu
-tu!

NAM NAM
AAAA
guuu



¿Qué
quieres de
cumpleaños?

[18/01/2018/11:20 AM]

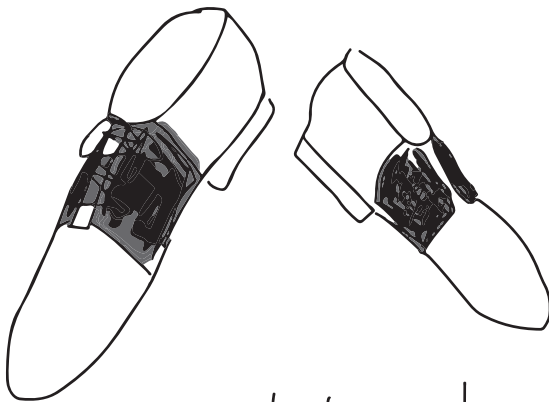
Los seres humanos somos particulares: —¡Ay! se me ocurre una idea: ya que tengo unos ahorros, un trabajo estable, una pareja que amo, una estabilidad emocional (tan luchada), un psicoanalista, la idea de un libro para escribir, el guion de una película, ya que tengo un camino trazado, ya que voy a cumplir 40 y no conozco Nueva York...

¡qué mejor que tener un hijo!

D e c i s i o n e s .

Y ahí, en ese punto de giro, donde todo se funde a negro, empieza una película de género, clase B: todo es posible, nada es cierto, todo se derrumba en un instante, y cuando hay lágrimas, ¡zas!, llegan nueve meses de embarazo, un parto atroz y, finalmente, la dicha y la sonrisa de un bebé.

He tenido una RELACIÓN
más larga con algunos
zapatos



que con todas los que
actualmente viven en
mi casa ...



Tengo cosas en la
nevera más viejas
que tú.



Serenata familiar

[23/01/2018/10:00 PM]

La primera vez que vi a Ema tenía tres años y era experta en juegos digitales. Concentrada en el celular de J, su papá, a duras penas podía ver su rostro. Hasta que la batería se terminó.

Todavía nos faltaba un rato de charla a los amigos allí reunidos, así que le ofrecí mi celular. Ella, emocionada de tener nuevo crédito, abrió sus ojos azules y me miró con una sonrisa pícara. Me enseñó a jugar *Dumb Ways to Die*, cuya canción siempre me acordará a ella y a un viaje a Italia que hice con mis padres y mis hermanos, ya separada y lejos de querer volver a tener a un hombre a menos de un metro de distancia.

La segunda vez que volví a saber de Ema fue una noche entre semana, cuando fui a parar a la casa de divorciado de J, por circunstancias inesperadas. Era un apartamento masculino, pequeño, acogedor, lleno de libros, con un toque infantil en una de sus habitaciones. En varios recodos de la casa encontré fotografías de la pequeña. Esa noche, mientras bebíamos a la par, J me quiso conquistar con las historias de

su hija. Habló sin tregua de Ema, mientras yo pensaba que estaba en el lugar equivocado. En ese momento no quería niños en mi vida y menos de un hombre separado. Pero los romances heroicos aún existen y después de poco menos de un año, J, Ema y yo estaríamos viviendo juntos en ese lugar, junto a un acuario de peces naranjas con pecas, Perla y Ojos, quienes terminaron expulsados en el torbellino de aguas del sanitario.

Ema me ofreció la alegría, el humor, la capacidad de asombro y la oportunidad de vivir una nueva infancia. Aprendí a bautizar las cosas por su nombre, a definir el mundo, a darle forma a las emociones, a regular los sentimientos. Aprendí a convivir con un padre afanado por la crianza de su hija. Disfruté de su compañía y poco a poco fui queriendo ser parte de ella y de él.

—Quiero que tengamos un hijo juntos —fueron las palabras de J, sentados en la terraza, recordando nuestra juventud, impulsados por un vaso de *whisky*.

Esa noche descreí su oferta, como si se tratara de un negocio económico. Pensé en un amigo que invertía en la bolsa y decía que la peor inversión era tener un hijo. Mis pensamientos al respecto eran bastante ligeros. Me consideraba una mujer sin hijos, incapaz de sostener un hombre y una crianza, juntos. Estaba segura de que la compañía de Ema sería suficiente para lo que restara de nuestra relación.

Pero la propuesta volvió. Varias veces. En varios contextos, siempre con amor y dulzura, lo cual no dejaba de sorprenderme.

Fue el día a día con J y Ema, su cálida mano que me llevaba por el mundo, sus comentarios absurdos y ocurrentes, desprovistos de la lógica adulta, y el amor hacia su padre, lo que empezó a remover en mi interior un instinto de reproducción que no conocía.

Una noche recuerdo que desperté después de un sueño pesado queriendo abrazar a un bebé, a mi bebé.

Tres años después de ese sueño, Tomás nació para ser, entre otras misiones, el hermano de Ema.

La primera noche que dormimos los cuatro en nuestra casa se escucharon tres llantos. El de Tomás, siempre con hambre, gases e

insomnio. El de Ema, quejándose por los llantos de su hermano y el mío, por el dolor del cuerpo y del alma.

—No lo puedo soportar, papá. Lloro mucho y muy duro. Tengo dolor de cabeza —Ema imploraba a la media noche que un elfo se llevara a Tomás y que le restituyera su reino, donde ella siempre había gobernado en paz.

—Es un bebé, Bibis hermosa. Ya pasará y lo querrás.

Yo callaba. No tenía palabras.

Meses después, cuando Tomás era un bebé y no un recién nacido, Ema se acerca a mí, sigilosa.

—¿Qué tienes, Ema?

—Tomás nació muy grande. Como muy hinchadito...

—Sí, era medio ratica. Peludito, arrugado.

—Era muy feo— por fin, aliviada de quitarse el peso.

Ambas reímos, con complicidad.

—Tienes un hermano, un compañero de vida.

Ahora los contemplo. Tomás la besa sin cesar. La babea. Ema es su ídolo. Su mejor estimulante. No estarán solos.